

parecen haberse escapado de la realidad al país de las aves de Aristófanes, y se leen como cuentos de amor; y hasta en la *Electra* hay canciones. Eurípides había formulado, unos veinte años antes de su muerte, esta plegaria: «¡Cese de vivir si las Musas me abandonan!» Y su súplica fué oída. El mundo se había vuelto oscuro, sórdido, colérico, ante sus ojos, pero

la Poesía hasta su último día fluyó de sus labios radiante e inmaculada.

Este estado de ánimo, y su natural desenvolvimiento es lo que, a mi juicio, nos puede dar la mejor clave para comprender *Las bacantes*, su último drama, que no dejó acabado del todo cuando murió. Lo escribió en singulares circunstancias.

Sir Gilbert Murray

(Seguirá en la próxima entrega.)

Estampas

Desmorónense las patrias chicas, y las grandes también se desmoronarán

=Colaboración directa=

Volvemos a la cita de Plutarco. Ha venido mientras leíamos la defensa del patriotismo de un pueblo. Tal vez cabría decir, mejor, el elogio de ese patriotismo. Por que el escritor Max Grillo al juzgar a su patria libre de la imperialización saxoamericana, establece el contraste que deprime a otras patrias de la América nuestra, menos afortunadas que la suya en el engendro de hombres de visión patriótica. Él es colombiano y hace bien en pregonar las defensas que su nación ostenta. Sólo que viéndolo a través de Plutarco, resulta vulnerable. Colombia no será Nicaragua simplemente porque ella ha defendido aquellos principios e instituciones que son fundamentales en toda soberanía. Sin embargo, ante la imperialización de los Estados Unidos no es hacer mucho. Y aquí es donde Plutarco cabe naturalmente: «Porque ninguno empieza de pronto a trastornar el gobierno con un gran crimen, sino que abren camino para destruir la guarda de las cosas mayores los que descuidan del cielo y esmero en las pequeñas».

El elogio no alcanza esas cosas mínimas cuando el elogiador no las supone influidas del mismo destino de las grandes. Para afirmar en este ciclo de la historia de nuestra América que la imperialización saxoamericana no penetrará, se exalta en cada pueblo «la estabilidad de sus instituciones; la observación irrestricta de los más puros principios de la democracia; el respeto a las libertades públicas y a las leyes; el horror de las dictaduras; el alejamiento de la institución armada de las luchas políticas; la consagración al trabajo fecundo de todas las clases sociales y la intensa labor educativa que eleve la conciencia de los pueblos y los prepare para defender a la patria de los traidores vulgares y de los malos gobiernos, que son los que preparan el camino por donde llegan la degradación y la conquista.» Cosas mayores todas que podrían completarse con el culto a la bandera y al himno.

Pero en verdad no resuelven ellas solas el problema enorme que a nuestros pueblos presenta la imperialización del Norte. Y es que nos olvidamos de las cosas pequeñas, nos irritamos cuando nos dicen que no las vemos con celo y esmero. Y lo grave es que nos vamos

acostumbrando a considerar sin importancia todo aquello que no responda al concepto anticuado de patria en que hemos venido viviendo. Ese concepto gira al rededor de principios que ya no tienen razón de existir, desatada como esta la fuerza imperializante de los Estados Unidos. Es claro que nos resulta ofensivo oír que se nos advierta que el experto precede al marino. Mas, ¿qué hechos de nuestra evolución esta exhibiendo la contratación del técnico yanqui? Que carecemos de confianza en nuestros propios hombres. Que no nos hemos preocupado por su educación. Que los problemas que el mundo esta presentando nos son desconocidos. Adivina así el poderío imperializante la ignorancia en que puede sorprendernos. Comprende que si se le llama a legislar para darle destino a las riquezas naturales de estos pueblos, ese destino no será contrario a los designios del imperio. El plan de conquista se perfecciona con el experto. Las normas de explotación de nuestras riquezas naturales dadas por el experto a petición nuestra, serán las que la imperialización haga regir.

Y sin embargo, es cosa pequeña el experto saxoamericano. Nos engañamos con el concepto arrugado de patria que inspira nuestra vigilancia y nuestra conducta. Cuando lo que debíamos imponernos es la revisión total de ese concepto de acuerdo con la realidad actual. De otro modo lo que nos espera es la imperialización. No esperemos los grandes crímenes contra el gobierno de un país, para llenarnos de alarma. Démonos cuenta de que en el interés de la misma «Imperial República» está ejercer la penetración sin estridencias. Y la mejor manera de realizarla es estudiando por su cuenta nuestros propios problemas políticos, económicos, educacionales, sociales. Si los descuidamos y esperamos a que la solución nos llegue del Norte, estaremos obligados a recibirla imperializada.

No hay que hacerse ilusiones. Los Estados Unidos en la hora actual tienen a la América entera metida dentro de su aura imperializante. Ningún país puede hablar de estar a salvo de ella. Por eso debemos recibir con simpatía toda advertencia que de ella nos llegue para que nos libremos de la marinería, librándonos primero de los expertos. Demos

toda la importancia que tienen a esos menudos sucesos. No perdamos de vista la circunstancia de que la educación de los Estados Unidos se orienta hacia la idea del Imperio. Nuestras riquezas naturales son el sustento exterior de ese imperio. De manera que si pedimos experto que las ciña a normas de explotación, sencillamente las estamos condenando de antemano al dominio saxoamericano.

No confiemos demasiado en el poder de vigilancia que podamos desarrollar. Hay penetraciones que escapan al escándalo y se desarrollan como simples actos para hacer provechosas las relaciones entre nuestros pueblos y la «Imperial República». Por alardear de viriles, por suponernos en un plano distinto de evolución patriótica, no miramos con recelo el trato que nos da esa República. Y sobre todo, nos complacemos en establecer el contraste con otros pueblos imperializados para proclamar el esmero con que el nuestro se ha librado del vasallaje. Error grande, por cierto. Porque la política de expansión es una misma y si al aplicársele a Nicaragua se hace con escarnio, no quiere decir que ese sea el tono uniforme. Hay cierto proteísmo en esa expansión. Esperar siempre el descaro y nunca la zalamería, es cegarse a la comprensión de realidades que nos golpean día a día en esta tragedia imperializante. No podemos hablar con desprecio de Nicaragua, porque el mal suyo es también el nuestro. ¿Quién nos dice que la traición y la vileza que allá precipitó la marinería soez, no viven al atisbo de ocasión propicia en cada una de nuestras naciones? Y además, la misma importancia tiene en la clasificación de valores de la plutocracia saxoamericana, el petróleo colombiano que las aguas nicaragüenses. Ambas riquezas son necesarias en el crecimiento del Imperio. De suerte que las resguarda con los mismos marinos. Se procura que no sirvan otros designios que los del Imperio.

Es así en nuestro sentir como debemos enfrentarnos a la imperialización. Considerando mal nuestro el que se infiera a cualquiera de estos pueblos. Dándonos cuenta de que a ninguno le está reservado un respeto especial. Sólo así nos libramos de la torpeza de hacer escarnio de Nicaragua, como si Nicaragua no fuera de nuestro Continente. Sólo poniendo interés en estas pequeñas cosas podremos salvar las mayores. La lucha contra el enemigo de afuera tiene que ser intensa. Por eso no es prudente engreirnos y confiar demasiado en el poder salvador de nuestros hombres providenciales. Ante la imperialización que nos quiere consumir hay que desplegar mucha fuerza y hasta ser hoscos y desconfiados. El capital extranjero es necesario para tanto uso como registra el progreso y la civilización de los pueblos. Pero si ese capital sale de la plutocracia saxoamericana, es urgente ceñirlo a principios que no le abran la entrada al dominio de nuestro suelo, de nuestras riquezas naturales. ¿Y consentirán los monarcas de ese capital en que se le limite su fuerza de conquista? Nunca, cuando